

Jeffrey Browitt

Posibilidades y peligros de las nuevas tecnologías en la periferia

University of Technology, Sydney

Jeffrey.Browitt@uts.edu.au

¿Cuáles serían las distintas características de la llegada de las nuevas tecnologías culturales digitalizadas a una zona tradicionalmente periférica de la expansión capitalista metropolitana como América Latina? ¿Cómo serán recibidas, adaptadas o refuncionalizadas dichas tecnologías y cuáles son sus posibilidades y peligros? Estas preguntas están en el fondo de *Nuevas tecnologías, música y experiencia* de George Yúdice.

Yúdice nos recuerda que Walter Benjamin, ya en los años 30 del siglo pasado, había observado la manera como las representaciones del mundo (y la manera en que las interpretábamos), estaban ya profundamente marcadas por las entonces nuevas tecnologías de reproducción como la fotografía, la radio, la fonografía y el cine. Paralelos a estas “prótesis” (20) tecnológicas, ocurren dos procesos: un bajón en “el valor de culto o aura, que los expertos o ‘purificadores’ [...] –filósofos, académicos, críticos, etcétera– decretaban y vigilaban, legitimados por su educación y su posición social” (21); y “la posibilidad de una politización de las masas” (21). Yúdice encuentra los mismos procesos en otro ropaje hoy día con las nuevas tecnologías digitalizadas y busca delinear sus posibilidades creativas-emancipatorias. Enfoca en lo que hoy día es una “miríada de redes o movimientos de protesta y hasta de organización social relacionados con la circulación de música” (22), en los cuales se están formando lazos sociales e identidades que ya no responden a conceptualizaciones tradicionales de comunidad. Lo social

hoy es más plegable, más movedido y mejor ideado a través de la “teoría de redes” (24), en vez de concepciones de sociabilidad estable y consistente.

Mientras reconoce la vigencia de los lazos sociales formados por las vivencias cotidianas en el barrio, la escuela, el trabajo, la iglesia, los clubes sociales, Yúdice dice que hay otra serie de formaciones que están estableciéndose cuyas “consistencia y estabilidad” (24) se miden más por los “nodos en que se cruzan los mismos actores” (24), nodos que representan una red tenue y difusa. Da como ejemplo el ámbito musical de Internet, que rompe con conceptualizaciones estándares de comunidad: “el modelo de redes se solapa, pero supera el concepto de *habitus* de Bourdieu, por ejemplo, según el cual los marcos dentro de los cuales se actúa, piensa e interpreta se vinculan a una relativamente coherente convergencia de posición social, nivel de educación, gustos estéticos” (24). Dicha densidad social tradicional (desde la segunda mitad del siglo XX), viene desmoronándose dentro de la era de la tecnología digital y los nuevos dispositivos de comunicación y sociabilidad.

La circulación de contenidos a través de fronteras nacionales y por medio de diferentes sistemas de comunicación que compiten entre sí, depende mucho de la participación activa de los consumidores. La interacción con los nuevos medios ocurre tanto en las cabezas como en los cuerpos y emociones de los consumidores/usuarios (todo su *sensorium*, para usar la palabra de Yúdice) a medida que van sacando fragmentos del flujo mediático (especialmente en relación con la cultura popular) y ajustándolos a su vida cotidiana. Y aquí Yúdice extiende su análisis a los reclamos cada vez más generalizados por un “derecho a la cultura”, una cuestión ética en los llamados países “en vías de desarrollo”. Registra la proliferación de sitios y plataformas en la red como *Youtube*, *Creative Commons*, *Free Music*, *CopyLeft*, *Overmundo* (Brasil) y así sucesivamente, que sientan las bases para la libre circulación de cultura e ideas, pero al mismo tiempo reconoce la batalla que se ha librado sobre los derechos de autor entre, por un lado, la piratería y el libre intercambio de información, y por otro las multinacionales que producen o circulan bienes culturales o productos mediáticos y que utilizan la ley y las fuerzas del estado para frenar el canje.

Sin embargo, lo que está en juego tiene importancia más allá de cuestiones mercantilistas. Los medios masivos inciden grandemente en nuestros modelos de comportamiento y las nuevas tecnologías nos permiten esquivar las producciones mediáticas estereotípicas de la industria del entretenimiento, especialmente la televisión y el cine, que utilizan esqueletos narrativos (*narrative templates*) poblados del ideario del mercado capitalista y los valores de sus fracciones y etnias dominantes. Las nuevas tecnologías digitales interactivas no nos liberan de la dominación de los imaginarios capitalistas y estatales, pero por lo menos crean las posibilidades para la interacción socio-cultural creativa y opositora dentro de dicho sistema. Su impacto sociocultural y político incide especialmente en la comunicación y las vidas de los jóvenes. Los jóvenes hoy día en muchas partes del mundo han alcanzado un grado de control sin precedentes sobre su ambiente cultural. Las identidades en-línea y fuera de ella no están desconectadas. Se intersectan cada vez más, y estar en-línea permite la experimentación socio-cultural y de identidad por medio del diseño de páginas principales, blogs, o la membresía de sitios de redes sociales, la adopción de seudónimos o personalidades secundarias, y así sucesivamente. Esta cultura digital no reemplaza la realidad: es una parte de la realidad misma, la realidad en forma digital.

Los investigadores debaten si los jóvenes de hoy, los llamados “nativos digitales”, están políticamente comprometidos ya que sus vidas cívicas toman muy diferentes formas a las de generaciones previas. Pero quizás los jóvenes estén encontrando su voz y sus valores a través de su juego digital con la cultura popular, y después los puedan desplegar en su participación en proyectos comunitarios y movimientos políticos (es la esperanza ¿no?). Mientras exista el riesgo de la saturación informativa y la falta de juicios críticos de calidad que regulen el diálogo interactivo entre la imagen, el texto y el sonido de los que participan en la red, hay que cuidarse de no adoptar la posición del intelectual condescendiente que trata de “salvar” las pobres masas ignorantes. Lo interesante de Internet es que mayormente está fuera de las manos de los “porteros” sancionadores, de las instituciones de educación, de los árbitros del gusto y de la intelectualidad, y aun de los padres de familia. A medida que los ciudadanos promedio son

capaces de impactar el flujo de ideas, estas nuevas formas de cultura participativa cambian la manera como nos vemos a nosotros mismos. En este ambiente, tanto progresistas como conservadores han mostrado incomodidad por el tono y el contenido de la cultura popular. Así hay cierta desconexión entre las clases políticas y culturales y los ciudadanos comunes y corrientes, y más que nada con los jóvenes, y éstos hoy día ya no quieren sermones –quieren diálogo.

A pesar del potencial paródico, subversivo y educativo en Internet (y la posibilidad para las clases populares, las minorías y los jóvenes de un papel cada vez más activo en la re-conformación de sus propios imaginarios socio-culturales), varios usos de las nuevas tecnologías digitales contribuyen a la intervención del estado en el libre flujo de información: el espionaje industrial, el terrorismo y la pornografía infantil, pero más que nada, la presión de las corporaciones grandes involucradas en las industrias noticieras y de entretenimiento. Hace unas semanas encarcelaron a los cuatro suecos que fundaron una plataforma digital (*Pirate Bay*) para descargar libremente contenido de Internet y han multado severamente a varias personas en los Estados Unidos por bajar contenidos protegidos por el derecho del autor. No obstante estos reveses, las ideas que Yúdice propone en este libro de corte utópico (la socialización y descentramiento del conocimiento y la cultura en la época digital) son estimulantes. Al igual que Gerd Leonard, espera que “se esté clausurando la era del control” (96). Las preguntas son si las nuevas redes digitales son lo suficientemente densas para instigar acciones políticas de importancia y para desarrollar sentimientos de pertenencia duraderos, y si las fuerzas estatales y comerciales son capaces de controlar estas nuevas vías de expresión democrática. La historia nos dirá.

Yúdice, George. *Nuevas tecnologías, música y experiencia*. Barcelona: Gedisa, 2007. 106 pp.